

# *La maldición de Thorum*

Carolina Fernández Pérez

*Para mis sobrinos Alejandra, Carlos,  
Jorge, Olga, Ana y Miguel*

Había una vez seis niños que vivían junto con su gata siamesa en una granja situada en el Valle de los Lobos.

El mayor, de trece años, se llamaba Ángel, la siguiente, de once, Alicia, la otra, de nueve, María, Antonio y su gemelo Luis, tenían siete, y Paula era la más pequeña de cuatro.

Por cierto, se me olvidaba decir que la gata se llamaba Tai.

Un día de verano, al levantarse por la mañana, se encontraron varias ovejas muertas en su redil; suponiendo que otra vez los lobos habían entrado en sus dominios, decidieron salir a cazarlos, sin que sus padres, Mariana y Crispulo, se enteraran, y a que estaban muy ocupados en casa cuidando a Paula, que se encontraba enferma. Se adentraron en el bosque, sin darse cuenta de la hora que era, por lo que se les echó la noche encima. De repente, empezaron a escuchar a lo lejos unos aullidos y, temblando de miedo, imaginaron que eran los lobos que salían a buscar su alimento.

Entonces, el mayor, alzando su arco, apuntó hacia la maleza y dijo a sus hermanos:

-“Preparad las armas, pueden venir por cualquier lado”.

Todos los hermanos se pusieron en un círculo espalda contra espalda, preparándose para disparar en cuanto que divisaran algún movimiento en la maleza.

De repente, el viento movió unas ramas y Luis, que era el más rápido de todos, disparó una flecha sin pensarlo dos veces; al instante, vieron aparecer una colita dolorida, era Tai que maullaba por el susto.

-“Tai, ¿qué haces aquí?”, dijeron los gemelos al unísono.

-“Seguro que ha seguido nuestras huellas”, contestó María.

-“Menos mal que tienes muy mala puntería”, dijo Ángel, “porque si no, la podías haber matado”.

-“Pues anda que tú”, contestó malhumorado Luis.

Mientras que estaban enfrascados en la discusión, Tai se quedó mirando fijamente hacia la maleza y Antonio se percató de lo que la gata observaba.

-“¡Basta ya!”, gritó a sus hermanos, “fijaos”.

El espectáculo que se presentó ante sus ojos fue sorprendente: sobre una docena de lobos aparecieron montados los leprecaims (unos hombrecillos de un metro de altura, con orejas puntiagudas y grandes sombreros verdes, a juego con sus ropajes).

El que parecía ser el jefe se dirigió a ellos en un extraño dialecto, los hermanos se miraron con cara de extrañeza sin entender lo que les decían.

-“Gejgie ijgtañ lafjeñf aj” (Recuerda que no entienden nuestro idioma).

-“Vnerie fan gkrj gñei tro” (Es verdad, me olvidaba de lo torpes que son los humanos).

De repente, sacaron una pequeña piedra de colores de sus sombreros, la agitaron en el aire y los niños empezaron a entender todo lo que decían esos extraños personajes.

-“¿Quiénes sois y qué venís a hacer aquí?”, preguntó el jefe.

-“Son de la misma raza que Thorum el maldito”, contestó otro.

-“¡Atrapadlos!”, dijo un tercero; en ese momento, los leprecams bajaron de las monturas y, sin que los hermanos tuvieran tiempo de reaccionar, se vieron rodeados por los lobos.

El jefe, que se llamaba Aris, se dirigió a Ángel:

-“¿Eres amigo de Thorum?”

-“No sé de quién me hablas”, contestó Ángel demostrando mucho aplomo, aunque por dentro estaba muerto de miedo.

-“¡Miente!”, gritó Bores, que parecía ser el que peor genio tenía del grupo.

-“Espera Bores”, medió Aris, “déjale que hable”.

Por su parte, Mistral, mirando fijamente a Luis y a Antonio, le dijo algo al oído a Aris.

Finalmente, los leprecams explicaron a los niños que, en una aldea al norte del Valle de los Lobos, hacía muchos años había vivido un brujo malvado llamado Thorum, que, con el fin de dominar el mundo, hizo un maldición para que el agua fuera desapareciendo poco a poco, con lo que los cultivos se secaron y la tierra se volvió estéril.

El brujo se recluyó en el bosque, donde vivían felizmente los leprecams y, por culpa de su maldición, los árboles murieron, dejando paso al desierto. Los leprecams tuvieron que huir al interior de una mina abandonada, alimentándose de raíces, pero el desierto de Thorum iba avanzando y amenazaba con llegar al Valle de los Lobos y extenderse por todo el mundo.

Tras estas explicaciones, los leprecams condujeron a los niños a la mina, donde les enseñaron las gemas que extraían y que les servían para poder entender cualquier lengua del planeta, por eso podían comunicarse perfectamente con los humanos, los lobos, e incluso podían ponerse en contacto con Tai.

Mientras tanto, los padres esperaban impacientes la llegada de sus hijos; viendo que no aparecían y ya era noche cerrada, acudieron preocupados al alcalde quien convocó a todos los vecinos para ir en su busca. Se formaron varios grupos armados que se adentraron en el bosque, pero, conforme iban avanzando, la oscuridad aumentaba; de repente, se empezaron a escuchar aullidos de lobos, los aldeanos se asustaron y huyeron despavoridos, salvo Crispulo, que se quedó solo en el bosque porque no quería abandonar a sus hijos, aunque no sabía qué camino tomar; de improviso, un lobo se puso frente a él y el padre, temiendo por su vida, se arrodilló asustado, pero un hombrecillo que estaba montado sobre el lobo se le acercó.

-“No temas, no te voy a hacer daño”, le dijo, “tenemos a tus hijos, pero no te preocupes por ellos, están a salvo, sólo queremos que nos ayuden a luchar contra Thorum”.

El padre, que en un principio no sabía lo que le estaba diciendo, empezó a comprender. Recordaba que en el pueblo circulaba una antigua historia sobre un malvado brujo que había huido de su casa, adentrándose en el bosque y provocando el desierto a su alrededor. Él nunca quiso creer en esa historia, aunque la gente insistía en que era verdad.

El padre se tranquilizó un poco al saber que sus hijos estaban a salvo, pero, a pesar del riesgo que corrían enfrentándose a Thorum, decidió volver para calmar a su mujer; el leprecam insistió en acompañarle para que no se perdiera en la oscuridad del bosque.

Entretanto, los niños, que estaban sorprendidos con la forma de vida de los leprecams en la mina, fueron guiados por todas las estancias hasta que llegaron a una sala en donde estaban reunidos en asamblea los miembros del consejo, para decidir sobre cómo luchar contra Thorum.

Aris agitó su gema para que los niños pudieran entender lo que allí se decía:

-“Fijaos, aquí vive Thorum”, dijo el más anciano de todos, señalando sobre un mapa.

-“¿Pero cómo podemos llegar hasta él?”, gritó otro de ellos.

-“Aquí traigo la solución”, contestó Aris señalando a los niños, “ellos nos pueden ayudar”.

Los pequeños se quedaron perplejos sin saber qué decir; tras un largo silencio, Luis preguntó:

-“¿Y cómo os podemos ayudar?”.

Aris, dirigiéndose a los hermanos, les contó:

-“En nuestro gran libro sagrado, se dice que unos hermanos, iguales como dos gotas de agua, nos dirigirán a la victoria, derrotando a Thorum el maldito”.

Los niños se miraron atónitos: era evidente que se estaban refiriendo a Luis y a Antonio; Alicia y María se estremecieron de miedo.

-“¿Y si nos negamos?”, preguntó Ángel que, más que tener miedo por él, temía por sus hermanos.

-“No os podemos obligar a nada”, contestó el más anciano; “pero la vida en la tierra está en peligro; ahora nos ha tocado a nosotros pero, poco a poco, el desierto irá avanzando hasta llegar a vuestra aldea, y vosotros también moriréis”.

-“Entonces no tenemos elección”, dijo Luis, que era el más lanzado de todos, “decidnos qué queréis de nosotros”.

-“Tenéis que llegar hasta Thorum, escapando de la vigilancia de los trolls que le protegen”, dijo Aris señalando a los gemelos; “pero dejemos para mañana todos los detalles, ahora estaréis muy cansados y hambrientos. Venid y os conduciré a nuestro comedor”.

Los niños abandonaron la gran sala, siguiendo a Aris y a sus hombres, mientras Tai, que se sentía encantada porque se podía comunicar con los leprecams, se perdió entre los pasillos de la gran cueva buscando saciar su curiosidad.

Entraron en un comedor muy amplio, con mesas y sillas hechas con los troncos de los árboles; algunos leprecams se encontraban sentados charlando animadamente entre ellos.

-“Somos amantes de la naturaleza, por lo que sólo utilizamos lo que necesitamos. La naturaleza nos provee a nosotros y nosotros la ayudamos, porque, con nuestros deshechos, renace la vida otra vez”, explicó Aris.

-“Sí, sólo que ahora, por culpa de Thorum el maldito, nuestros amigos los árboles también han desaparecido”, gruñó Bores.

-“¿También os podíais comunicar con los árboles?”, preguntó curiosa Alicia.

-“Pues claro, jovencita”, contestó Bores, “¿acaso crees que ellos no tienen vida como tú?”

Alicia, intimidada con la contestación de Bores, miró hacia el suelo, sin atreverse a preguntar más.

Los niños se acercaron a una de las mesas.

-“Sentaos ahí”, señaló Aris con el dedo, “por suerte, no sois muy grandes, así que cabéis perfectamente sobre nuestras sillas sin miedo a que os caigáis”.

Los niños obedecieron sin rechistar, estaban profundamente cansados, pero querían comer algo antes de dormir, aunque no creían que tuvieran la deliciosa sopa que su madre les preparaba ni la estupenda leche que obtenían de sus ovejas.

Rápidamente se acercó un leprecam con una gran bandeja llena de unas alargadas ramas grises.

-“Comed, son raíces muy nutritivas”, les dijo Aris, “antes teníamos nuestro propio ganado, pero, por culpa del desierto, se murió porque no tenía qué comer, así que nos fuimos acostumbrando a desentrañar de la tierra las raíces que crecen en el subsuelo. No os podéis ni imaginar la de agua que fluye en el interior de la tierra; afortunadamente, el desierto no ha avanzado tanto como Thorum piensa, ya que las nubes continúan desafiándole en muchas partes, pero el agua se esconde entre las piedras, debajo de la tierra... para crear nueva vida”.

Los hermanos estaban muy excitados por todo lo que les contaban los leprecams, aun así, se fueron a acostar, ya que querían estar bien descansados para el día siguiente.

Aris les condujo a una habitación en cuyo suelo se veían mantas confortables.

-“Proceden de la lana de las ovejas que teníamos”, dijo con añoranza.

-“No te preocupes, nosotros os ayudaremos a que todo sea como antes”, le contestó María, besándole cariñosamente en la mejilla.

Aris se fue de la habitación deseándoles buenas noches.

Cuando llevaban un rato dormidos, sintieron un ruido extraño en la puerta, Ángel se levantó, descubriendo a Tai, quien, con su pata, estaba intentando abrirla.

-“Gracias, no os imagináis lo grande que es todo esto”, dijo una preciosa voz felina.

-“¡¡¡Tai!!!”, gritaron todos al unísono, “¡¡¡puedes hablar!!!”.

-“Siempre he hablado, pero nunca me entendíais”, contestó ella, un tanto orgullosa.

Todavía estaba relamiéndose los bigotes.

-“He encontrado unos ratones deliciosos en unas cuevas cercanas. ¿Hay algún plan para acabar con Thorum?”.

-“Mañana nos enteraremos”, contestó Antonio.

-“Bien, entonces durmamos para estar mañana descansados”, contestó, echándose a los pies de María.

Los niños se durmieron nuevamente, soñando con la extraordinaria aventura que comenzaría al despertar.

Cuando apenas había salido el sol, la vida empezó a renacer en la cueva, los leprecams iniciaron una actividad incansable y pronto llegó el ruido a la habitación donde dormían los niños. La primera en oír algo fue Tai que, como buena felina, tenía un oído finísimo, con cariño, fue despertando a los demás.

-“Despertaos chicos, ya es tarde”, oyeron que les decía.

Unos minutos después, alguien llamó a su puerta, era Ator, otro de los leprecams que había acudido a su encuentro en el bosque con los lobos; al ver a los niños despiertos, les condujo al comedor para que tomaran algún alimento para reponer fuerzas. Tai salió también de la habitación, perdiéndose entre los angostos pasillos de la cueva, el día anterior había descubierto un buen lugar para alimentarse y esperaba encontrar allí nuevas provisiones.

-“Comed mucho porque el día será muy largo”, les dijo, y les dejó sentados en los troncos de los árboles que hacían las veces de sillas, mientras él se dirigía a hablar con Aris.

Cuando Alicia vio que un leprecam les ofreció nuevamente raíces, puso mala cara.

-“Otra vez lo mismo, estoy harta”, exclamó, pero Ángel la recriminó muy seriamente:

-“Vamos a empezar un largo viaje que no sabemos cuándo terminará, así que no quiero ninguna queja, tenemos que alimentarnos para tener fuerzas y no desfallecer, por lo que vamos a comer todo lo que nos pongan, nos guste o no”.

Alicia, que aunque era muy caprichosa también era una niña sensata, se tomó todo lo que le pusieron, sus hermanos la imitaron.

Cuando estaban a punto de acabar, Aris se acercó.

-“¿Habéis descansado esta noche?”, les preguntó.

Al ver la respuesta afirmativa de los niños, se tranquilizó, ya que les esperaba un largo viaje. Condujo a los hermanos hacia el gran salón del consejo, donde se encontraban reunidos los leprecams.

El más anciano, que presidía el consejo, les dio la bienvenida muy amistosamente, ya que había visto que los niños, lejos de tener miedo, estaban deseando ayudarles, pasando a exponerles el plan. Tras varias deliberaciones, acordaron esperar a la noche para iniciar la búsqueda, ya que el desierto que había alrededor les impedía esconderse en algún sitio, salvo entre las piedras y la poca maleza que quedaba; unos cuantos leprecams irían delante rastreando el terreno, para informar si había algún troll, los demás les seguirían. Una vez cerca de la cueva, se dispersarían buscando a Thorum, para llevarlo desarmado ante Antonio y Luis, quienes se encargarían de acabar con su vida.

Tras la sesión, los leprecams se retiraron para continuar con los preparativos del viaje, mientras, los niños fueron conducidos a una sala, donde se encontraban unos leprecams confeccionando sombreros y otros instrumentos con las raíces. Los hermanos se sentaron divertidos en el suelo, intentando ayudarles.

Conforme se acercaba la hora de la marcha, se iban poniendo más nerviosos ante la aventura que les esperaba; cuando llegó el momento, se dirigieron a la salida de la cueva, donde estaban los leprecams esperando que dieran la orden de partida.

-“Tiiiiiii”, gritó nerviosa María.

-“¿Qué te ocurre?”, preguntó Luis.

-“No encuentro a Tai”, contestó María preocupada.

-“Estará comiendo algún ratón”, dijo Ángel, “no te preocupes por ella, nos seguirá cuando se canse, sabes que corre más deprisa que nosotros y tiene mejor sentido de la orientación, ya nos siguió una vez, ¿lo recuerdas?”, comentó guiñándole un ojo, refiriéndose a cuando Luis le disparó confundiendo a los lobos.

Más tranquila, María inició la marcha de la mano de Ángel, quien no estaba nada de acuerdo en llevar a sus hermanas menores a una aventura tan peligrosa, pero no había podido hacer nada por evitarlo, ya que todos los niños querían participar.

-“Nunca pensé que una cueva tan pequeña pudiera albergar a tanta gente”, comentó Antonio a su hermano Luis.

Efectivamente, cientos de leprecams se encontraban alrededor de ellos.

-“Supongo que habrá muchos pasillos ocultos, cuando veas a Tai se lo preguntas porque seguro que ella, con su curiosidad innata, se habrá metido por todos los rincones que haya encontrado”, le contestó Luis sonriendo.

Los niños habían aprendido a agudizar la vista durante su estancia en la cueva, por lo que la luz de la luna llena era suficiente para poder ver el camino que tenían por delante.

Anduvieron gran parte de la noche; cuando empezaba a despuntar el día, ya habían llegado al pie de la montaña en cuya cima se encontraba la cueva de Thorum. Allí, la expedición se dividió en varios grupos para subir la montaña por distintas laderas y acceder a todas las entradas que tenía la gruta. Aris, que se encontraba al mando del grupo en el que estaban los hermanos, dio la orden de pararse a descansar entre las oquedades de la montaña. Los niños escucharon un extraño ruido, que hizo que se asustaran un poco.

-“No temáis”, les dijo Mistral, “es el sonido del agua que brota en el subsuelo; a pesar de que Thorum quiere convertirlo todo en desierto, el agua siempre consigue esconderse”.

Una vez que se hubieron instalado, se tumbaron a descansar, esperando que nuevamente cayera la noche, ya que estaban cerca de la entrada de la cueva de Thorum y no querían encontrarse con ningún troll. Hicieron varios turnos de guardia, para evitar sobresaltos.

Cuando les tocó el turno a Antonio y a Luis, escucharon un sonido de pasos que retumbaba dentro de la cueva en la que se encontraba su grupo descansando; asustados, se escondieron tras unas piedras, esperando que llegaran los trolls para saltar sobre ellos y dar la voz de alarma. Cuando ese ruido ya estaba muy cerca, descubrieron que se trataba de Tai, que venía relamiéndose.

-“Hola chicos”.

-“¡Qué susto nos has dado!”, dijeron los dos hermanos al unísono.

-“He estado investigando por ahí arriba, todo está lleno de trolls que se mueven incansablemente de un lado para otro, parece como si prepararan algún ataque”.

-“Puede ocurrir que haya alguna aldea cercana por aquí y quieran intimidarles”, dijo Antonio.

-“Quizá sea una suerte para nosotros porque, si se van, tendremos menos problemas para llegar hasta Thorum”, comentó Luis, que era mejor estratega que Antonio.

-“Mientras que anochece voy a descansar un rato”, les dijo Tai, adentrándose en el interior de la cueva. Cuando localizó a María, se puso a sus pies con cuidado para no despertarla.

Con la puesta del sol, los expedicionarios se despertaron, poniéndose en pie para continuar su camino; aprovechando el agua que fluía entre las rocas se despeararon. Afortunadamente, la montaña no era muy escarpada, por lo que podían ascender con facilidad. Cuando llevaban un tramo, se acercó un leprecam perteneciente a otro grupo para avisarles de que tuvieran cuidado porque habían divisado trolls al otro lado de la montaña moviéndose entre las sombras; Luis contó a Aris lo que Tai les había dicho sobre que era posible que los trolls estuvieran preparando un ataque a alguna aldea cercana, por lo que decidieron ascender hasta llegar a unos trescientos metros de la cueva para preparar la entrada con más facilidad; Tai se ofreció voluntaria para informar a los demás grupos, porque podía moverse entre las sombras con gran sigilo. Los niños vieron cómo desapareció de su vista ante la oscuridad más absoluta.

Cuando ya estaban a punto de llegar a la cueva de Thorum vieron entre las luces de antorchas que colgaban de sus paredes, que había mucho movimiento en la entrada con el que no contaban, ya que se imaginaron que a esas horas los trolls estarían durmiendo y apenas habría alguien de guardia; un tanto desesperanzados se escondieron tras unos peñascos a la espera de la llegada de Tai informándoles de que los demás grupos ya estaban rodeándola por otros lados. Aris reunió a su grupo para animarles, diciéndoles que sólo tenían que esperar a que los trolls se alejaran de la cueva para entrar ellos; aunque la afirmación era de una lógica aplastante, no les animó mucho.

-“Hola chicos”, era Tai que volvía de su viaje, “misión cumplida, todos los grupos están esperando vuestra orden para entrar en la cueva”.

Ángel no sabía qué era lo menos peligroso para sus hermanas: entrar o quedarse fuera a expensas de que los trolls volvieran; finalmente, decidió que quedándose fuera tendrían más posibilidades de escapar, por lo que sugirió a Aris que, puesto que no todos iban a entrar en la cueva, escogieran a sus hermanas para quedarse en la retaguardia vigilando la vuelta de los trolls, de esta forma, ellas se sentirían importantes

y aceptarían sin rechistar esta decisión. Y así fue, Aris escogió a dos leprecams y a los tres hermanos para entrar en la cueva con él, quedándose el resto fuera con la tarea de avisar si llegaban los trolls. Los demás grupos hicieron lo mismo, seleccionando a los más ágiles y rápidos para acceder por otras entradas de la gran gruta.

Cuando se hubo calmado todo, quedándose la entrada libre de trolls, Aris dio la orden de entrar, orden que Tai comunicó a todos los demás grupos.

-“Ánimo chicos, no tengáis miedo, y, vosotras, estad atentas, en caso de peligro, bajad corriendo a la aldea de los leprecams”, dijo Ángel a sus hermanos, se sentía responsable de lo que les ocurriera por lo que estaba dispuesto a cualquier cosa para que no sufrieran ningún daño.

-“¡Mucha suerte!”, les desearon Alicia y María.

Sigilosamente, sus figuras se movieron en la oscuridad de la noche, llegando sin dificultad a la entrada, Alicia y María no pudieron ver nada más.

La cueva presentaba numerosas bifurcaciones, unas iluminadas por antorchas, otras a oscuras. Optaron por ir por las que tenían luz a pesar de ser más peligroso, ya que era probable que les condujeran hasta las estancias ocupadas por Thorum.

-“Parece que el camino está despejado”, susurró Antonio al oído de su hermano Luis.

Llegaron hasta una sala pequeña iluminada por múltiples antorchas, en el centro se veía un altar, delante del cual un anciano de poblada barba blanca, vestido con una túnica negra, agitaba sus brazos; a cada lado del anciano había dos bellísimas hadas de larga melena pelirroja, vestidas con túnicas de alegres colores que portaban cada una de ellas un pequeño cofre cerrado. Las cuatro mostraban una tristeza infinita en su rostro.

Tras finalizar la ceremonia, las hadas fueron conducidas por un pasillo, detrás de ellas iba un troll vigilándolas, el anciano también salió por el mismo pasillo, desapareciendo de la vista de los leprecams, la sala se quedó en semipenumbra.

-“¿Quiénes eran?”, preguntó Ángel.

-“¿No conocéis a las hadas?”, contestó Mistral.

-“Pepero”, balbuceó Antonio, “¿de verdad existen?”.

-“¡Pues claro! ¡Cómo no iban a existir!”, respondió nuevamente Mistral, “las hadas son amigas nuestras. Debéis saber que tienen poderes mágicos cuando están a la luz del día; pero en esta cueva no pueden emplear su magia ya que no entra la luz natural”.

Mientras Mistral estaba en estas explicaciones, Aris y Bores se habían adentrado por el mismo pasillo que Thorum, los demás los siguieron.

El pasillo estaba apenas iluminado, lo que resultaba una suerte para ellos porque habían descubierto que los trolls necesitaban luz para poder ver, mientras que ellos tenían una agudeza visual muy grande, por lo que se movían sin problemas en la oscuridad.

En ese momento, escucharon unos ruidos, ágilmente, saltaron dentro de una cavidad de la gruta escondiéndose de una pareja de trolls que se dirigía al exterior pasando por delante de ellos.

-“Puff, por poco”, comentó Luis.

Aris agitó la gema que llevaba guardada dentro de su sombrero para poder entender la conversación de los trolls.

-“He dejado encerrado a Gorjj en la mazmorra con buenas provisiones, para que vigile a las hadas”, dijo guiñando un ojo.

-“Esta noche va a ser muy larga, después del ataque de ayer contra las hadas casi no hemos tenido tiempo de descansar”.

-“Es cierto, hoy la aldea de los humanos y mañana por la noche la de esos malditos leprecaes”.

-“Lo peor de todo es que Thorum deja sin apenas vigilancia la cueva”.

-“¿Y quién se va a atrever a entrar? Ja ja ja”.

Las risas de los trolls se perdieron por el pasillo.

Tras escuchar esta conversación, se asustaron.

-“¡No tenemos tiempo que perder!”, susurró Aris. Sus hombres se miraron asintiendo con la cabeza.

Al final del pasillo había dos puertas que les cerraban el paso, una de barrotes y otra de madera con unas pequeñas barras en la parte de arriba que permitían mirar por ellas al otro lado. Se acercaron con precaución a la de barrotes, que se encontraba cerrada con un gran candado, dentro había una pequeña sala, con una mesa sobre la que se veía un manojo de llaves, una gran jarra de vino, un vaso y un plato vacíos, sentado sobre una silla, estaba un troll roncando.

-“Son las mazmorras”, susurró Mistral.

Había cuatro celdas minúsculas, también con barrotes que daban a la sala donde estaba durmiendo el troll, en cada una de ellas se encontraban encerradas las cuatro hadas.

Cuando las hadas los vieron, los niños les indicaron por señas que no hicieran ruido.

-“Hola chicos, ¿necesitáis mi ayuda?”, dijo Tai apareciendo, como siempre, de forma inesperada.

-“Sobre la mesa hay un manojo de llaves, pero no podemos alcanzarlo”, comentó Ángel.

-“Sencillo, yo os lo traeré”.

-“¿Y cómo lo harás?”, preguntó Antonio.

-“Como siempre hago cuando quiero jugar con vuestros juguetes, ya veréis”.

Con cuidado, se acercó a la mesa, saltando sobre ella; miró al troll que seguía roncando sin inmutarse, lentamente, empezó a empujar las llaves con las patas delanteras, hasta que cayeron sobre la alfombra que estaba en el suelo; nuevamente, volvió a mirar al troll, que seguía plácidamente dormido. Después, fue empujando las llaves con el hocico hasta que estuvieron lo suficientemente cerca de la mano de Ángel, que, al ser el más alto, había extendido su largo brazo entre los barrotes para cogerlas.

Una vez que las tuvo entre sus manos, probó todas las llaves dentro del candado que cerraba la puerta que les separaba de las mazmorras, hasta que encontró la adecuada, después, una por una, fue abriendo también las pequeñas celdas.

-“Esta para mí”, dijo, y se guardó en el bolsillo la llave que cerraba la puerta principal, dejando encerrado al troll, que seguía dormido sobre la silla.

-“La melopea ha debido de ser de aúpa”, pensó Ángel.

Decidieron que lo mejor sería que Bores acompañara a las hadas, para que se escondieran con el grupo que se había quedado fuera, ya que era menos arriesgado; Bores las acompañó, a regañadientes, porque prefería continuar en la cueva, pero Ángel no quería dejar solos a sus hermanos menores.

-“Sin rechistar, Bores, está decidido”, dijo Aris.

Tai se acercó a las hadas, paseándose por entre sus piernas con ternura.

-“Adiós hermanas”, les susurró, continuando con el grupo, que ya había abierto sin dificultad la otra puerta, porque no estaba cerrada con llave.

Se encontraron con un pasillo angosto, apenas iluminado, pasaron por delante de una amplia habitación con muchas sillas que parecía la sala de deliberaciones y llegaron



a otra sala más pequeña, cuya puerta entornada les cerraba el paso, dentro retumbaban unas voces. Conforme se iban acercando, los gritos eran más considerables.

-“¡No quiero que haya ningún superviviente!”, gritaba una voz desafortadamente, “¡hay que acabar con esos malditos leprecams mañana mismo, sin falta!”.

Los rostros del grupo se entristecieron ante estas palabras.

Mientras tanto, fuera ya estaba amaneciendo. Los leprecams que esperaban en el exterior estaban preocupados por lo que pudiera pasar dentro. Las hadas les habían puesto al corriente de cómo las habían rescatado, pero la preocupación iba en aumento ya que los trolls no tardarían en volver tras su incursión en la aldea de los humanos, por lo que, cuanto más se demoraran, más riesgo correrían.

Alicia y María escucharon atentas las explicaciones de las hadas relativas a su secuestro.

-“Se acercaron a la aldea por la noche, matando a gran parte de nuestras hermanas”, les dijo Rubí con lágrimas en los ojos.

-“Y aprovecharon la oscuridad a sabiendas de que nuestros poderes mágicos no son efectivos si no hay luz natural”, contó Topacio.

-“A nosotras nos capturaron para que ayudáramos a Thorum en sus ritos religiosos”, añadió Zafiro.

-“Luego, nos encerraron en celdas separadas donde hemos pasado mucho miedo”, sollozó Amatista.

-“Menos mal que mi hermano os consiguió rescatar”, dijo orgullosa Alicia, que, por primera vez en su vida, echaba de menos a sus hermanos.

-“Debemos de estar acercándonos a la cima, porque el sol se filtra entre las piedras”, comentó Mistral.

-“Tenemos que actuar en seguida”, dijo Aris, “los trolls están al caer”.

-“¿Pero qué vamos a hacer?”, preguntó Antonio, que se sentía nervioso porque estaba próximo el final de su aventura.

-“Hay que pensar en cómo entrar en esa habitación sin que nos vean”, dijo Aris.

-“Eso está hecho”, añadió rápidamente Tai y se metió entre los huecos de las piedras.

Al cabo de unos minutos volvió donde estaba el grupo escondido.

-“Es una sala pequeña con una mesa y varias sillas, que tiene otras dos puertas cerradas, dentro está Thorum junto con tres trolls que deben de ser los cabecillas, creo que podríamos fácilmente con ellos”.

-“¡Qué graciosa!”, pensó Antonio, pero no dijo nada para no demostrar su miedo.

Repentinamente, Tai se giró hacia la puerta por la que acababan de entrar en el pasillo porque había escuchado un ruido.

-“Creo que los trolls vuelven”, susurró, y se perdió hacia el interior, dirigiéndose al sitio de donde provenía el ruido.

El grupo estaba escondido en una de las oquedades de la cueva sin saber qué hacer ni adónde dirigirse, por delante pasaron unos trolls que venían hablando entre ellos.

-“Tenemos que avisar a Thorum sin falta, los humanos han demostrado una fortaleza que no esperábamos”.

-“Se va a enfadar mucho, mejor se lo dices tú”.

Los gritos de Thorum se oían en el pasillo, se encontraba fuera de sí:

-“¡Sois una pandilla de inútiles!, ¡tendré que hacer yo vuestro trabajo!”.

Salió de la sala furiosamente, pasando por delante del grupo, que seguía oculto, los trolls le siguieron hasta la sala de deliberaciones, allí abrió un gran armario, del que

sacó una armadura, mientras continuaba con sus maldiciones, se la puso con la ayuda de los trolls.

-“Tenemos que actuar cuanto antes o arrasará la aldea de los humanos”, gimió Antonio.

Aris salió del hueco, dirigiéndose hacia la sala, los demás le siguieron, en ese momento, una figura femenina se acercó por el fondo del pasillo, ninguno la reconoció, era muy bella, con el pelo rojo brillante, tenía un cierto parecido con las hadas que acababan de rescatar, pero no era ninguna de ellas, cuando llegó a la altura del grupo les saludó amigablemente como si les conociera de toda la vida.

-“Rápido”, les dijo, “tenemos que conseguir que vuelvan a la sala pequeña, pero antes, Antonio y Luis, para que el libro sagrado se cumpla, debéis asegurarnos de que Thorum se enfrenta a vosotros”.

Mientras escuchaban el plan de la desconocida, los niños notaron una cierta familiaridad en su voz.

Tal como la misteriosa desconocida les había dicho, Aris y Mistral retrocedieron hasta llegar a la sala pequeña, cada uno abrió una de las dos puertas que se encontraban cerradas y se quedaron tras ella, cerrándolas nuevamente, para asegurarse de que nadie pasaba por allí, la sala estaba otra vez desierta. Ángel se escondió en el pasillo para no ser visto, mientras que sus dos hermanos pequeños se quedaron con el hada; sacando fuerzas de flaqueza, los dos niños entraron desafiantes en la sala, cuando los trolls los vieron, se abalanzaron contra ellos, lejos de hacerles frente, los pequeños salieron corriendo, asegurándose de que el grupo entero, incluido Thorum les seguía, pasaron por delante de su hermano Ángel, que permanecía oculto, continuando hasta la sala pequeña, una vez allí, abrieron cada uno una de las puertas, pasando al otro lado, donde les esperaban los leprecaus, y cerraron tras de ellos; los trolls y Thorum, que estaban dentro de la sala notaron cómo alguien cerraba la puerta por la que acababan de pasar, era Ángel quien, con su espada, trabó la puerta para evitar que la pudieran abrir desde dentro, lo mismo que habían hecho sus hermanos con las otras salidas.

Furiosos, los trolls golpearon las puertas intentando abrirlas, hasta que oyeron una voz, al principio, era un sonido casi imperceptible, pero, poco a poco, fue haciéndose cada vez más potente, eran todas las notas en una, era el campo, los árboles, el agua, representados en esa voz tan armoniosa como la naturaleza. Ángel, que era el único que podía ver lo que estaba ocurriendo, miraba obnubilado: bajo los rayos de luz, el hada, con los ojos entornados y los brazos extendidos entonaba un melodioso cantar, el canto de sus ancestros; la voz se elevaba entre las paredes y descendía al subsuelo, como si tuviera vida propia, de repente, un sonido estruendoso se oyó y, en esta ocasión, los que pudieron comprobar de primera mano lo que ocurría era el grupo que se encontraba encerrado en la pequeña sala: por entre las piedras brotaba el agua con fiereza, esa agua que Thorum había querido desterrar apareció para cobrarse su venganza. Aterrados, los trolls veían cómo sus pies iban quedando empapados, se dirigieron corriendo hacia la mesa y las sillas que había en la habitación, peleándose entre ellos para subir, pero, paulatinamente, el agua fue aumentando su nivel hasta que llegó al techo de la sala. Mientras tanto, el hada había caído desvanecida al suelo, Ángel la recogió con suavidad, llevándola hasta la salida de la cueva, allí se encontró con sus hermanos, que habían salido por otros pasillos al exterior. Dentro de la gruta quedaron ahogados Thorum y los trolls; por su parte, los demás trolls que combatían contra los humanos huyeron despavoridos al ver cómo el agua brotaba entre el suelo y arremetía con fiereza contra ellos.

La emoción del grupo era muy grande, los hermanos se besaron, alegrándose del reencuentro; mientras, la misteriosa desconocida yacía en el suelo, rodeada de las hadas. Poco a poco, fue abriendo sus verdes ojos felinos.

-“¡¡Ópalo!!”, dijeron éstas, abrazándola con cariño, “¡nos has salvado!”.

-“Hola chicos”, dijo Ópalo dirigiéndose a los niños, “me alegro de veros de nuevo”.

-“¿Tai?”, preguntó María.

Ópalo esbozó una gran sonrisa.

La expedición volvió a la aldea de los leprecams cansada, pero entusiasmada; las voces y los gritos de alegría se oían a varios kilómetros, hasta el punto de que vecinos de las aldeas cercanas salían al camino a vitorear a los héroes.

Todo el mundo era feliz, todos, salvo los niños que estaban apenados por tener que dejar a sus amigos, sabiendo que no los volverían a ver nunca más.

En la aldea de los leprecams se preparó una gran fiesta, esta vez, con ricos manjares llevados de los alrededores, hubo bailes y se escuchó la bella voz de las hadas entonando canciones tradicionales.

Ya en la habitación de la cueva, los hermanos no podían conciliar el sueño recordando todo lo que habían vivido. Rememoraban la increíble historia que Ópalo les había contado, todavía tenían en la mente sus palabras:

“Hace unos meses me enviaron a vuestra casa porque el avance del desierto era cada vez mayor y no sabíamos cómo combatirlo, hasta que nos enteramos de la existencia de los gemelos. Entonces, pensamos que ellos serían nuestra salvación, por lo que me convertí en gata, para estar cerca de vosotros y cuidaros hasta que llegara el momento adecuado para actuar; pero todo se precipitó, os fuisteis al bosque sin que yo lo supiera y salí a buscaros desesperadamente, tenía miedo de que os pasara algo malo”.

En ese momento, los niños recordaron aquella mañana que se encontraron a Tai merodeando por su casa, pensaron que se había perdido por lo que decidieron acogerla como uno más de la familia.

Por fin, el sueño les venció, quedándose profundamente dormidos. María notó una pequeña sacudida en sus piernas, alargando la mano, tocó el suave pelaje de su gata, sonriendo, volvió a dormirse pensando que pronto volverían a ver a sus nuevos amigos.

*Carolina Fdez., 2 de mayo de 2010*